

Esteban Echeverría

## La cautiva. 1. El desierto

**Poema original:**

Primera

El Desierto

Era la tarde, y la hora  
en que el sol la cresta dora  
de los Andes. El Desierto  
inconmensurable, abierto,  
y misterioso a sus pies  
se extiende; triste el semblante,  
solitario y taciturno  
como el mar, cuando un instante  
al crepúsculo nocturno,  
pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra  
su inmensidad, y no encuentra  
la vista, en su vivo anhelo,  
do fijar su fugaz vuelo,  
como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades  
del ave y bruto guaridas,  
doquier cielo y soledades  
de Dios sólo conocidas,  
que Él sólo puede sondar.  
A veces, la tribu errante,  
sobre el potro rozagante,  
cuyas crines altaneras  
flotan al viento ligeras,  
lo cruza cual torbellino,  
y pasa; o su toldería  
sobre la grama frondosa  
asienta, esperando el día  
duerme, tranquila reposa,  
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,

sublimes y a par sencillas,  
sembró la fecunda mano  
de Dios allí! ¡Cuánto arcano  
que no es dado al vulgo ver!  
La humilde yerba, el insecto,  
la aura aromática y pura,  
el silencio, el triste aspecto  
de la grandiosa llanura,  
el pálido anochecer.

Las armonías del viento  
dicen más al pensamiento  
que todo cuanto a porfía  
la vana filosofía  
pretende altiva enseñar.  
¿Qué pincel podrá pintarlas  
sin deslucir su belleza?  
¿Qué lengua humana alabarlas?  
Sólo el genio su grandeza  
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente  
reclinaba en occidente,  
derramando por la esfera  
de su rubia cabellera  
el desmayado fulgor.  
Serenos y diáfanos el cielo,  
sobre la gala verdosa  
de la llanura, azul velo  
esparcía, misteriosa  
sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas  
sus alas de aroma llenas,  
entre la yerba bullía  
del campo que parecía  
como un piélago ondear.  
Y la tierra, contemplando  
del astro rey la partida,  
callaba, manifestando,  
como en una despedida,  
en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero  
relinchaba un bruto fiero  
aquí o allá, en la campaña;

bramaba un toro de saña,  
rugía un tigre feroz;  
o las nubes contemplando,  
como extático y gozoso,  
el yajá, de cuando en cuando,  
turbaba el mudo reposo  
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
que el vasto horizonte ardía:  
la silenciosa llanura  
fue quedando más oscura,  
más pardo el cielo, y en él,  
con luz trémula brillaba  
una que otra estrella, y luego  
a los ojos se ocultaba,  
como vacilante fuego  
en soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto,  
con su claroscuro manto,  
veló la tierra; una faja,  
negra como una mortaja,  
el occidente cubrió;  
mientras la noche bajando  
lenta venía, la calma,  
que contempla suspirando  
inquieta a veces el alma,  
con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido  
que suele hacer el tronido  
cuando retumba lejano,  
se oyó en el tranquilo llano  
sordo y confuso clamor;  
se perdió... y luego violento,  
como baladro espantoso  
de turba inmensa, en el viento  
se dilató sonoro,  
dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
del ágil potro arrogante  
el duro suelo temblaba,  
y envuelto en polvo cruzaba  
como animado tropel,

velozmente cabalgando;  
ve íanse lanzas agudas,  
cabezas, crines ondeando,  
y como formas desnudas  
de aspecto extraño y crüel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba  
con su alarido perturba  
las calladas soledades  
de Dios, do las tempestades  
sólo se oyen resonar?  
¿Qué humana planta orgullosa  
se atreve a hollar el desierto  
cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
en sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando  
de salvajes, atronando  
todo el campo convecino;  
¡mirad! como torbellino  
hiende el espacio veloz.  
El fiero ímpetu no enfrena  
del bruto que arroja espuma;  
vaga al viento su melena,  
y con ligereza suma  
pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?  
¿De qué su gozo proviene?  
¿Por qué grita, corre, vuela,  
clavando al bruto la espuela,  
sin mirar alrededor?  
¡Ved que las puntas ufanas  
de sus lanzas, por despojos,  
llevan cabezas humanas,  
cuyos inflamados ojos  
respiran aún furor!

Así el bárbaro hace ultraje  
al indomable coraje  
que abatió su alevosía;  
y su rencor todavía  
mira, con torpe placer,  
las cabezas que cortaron  
sus inhumanos cuchillos,

exclamando: -Ya pagaron  
del cristiano los caudillos  
el feudo a nuestro poder.

Ya los ranchos do vivieron  
presa de las llamas fueron,  
y muerde el polvo abatida  
su pujanza tan erguida.  
¿Dónde sus bravos están?  
Vengan hoy del vituperio,  
sus mujeres, sus infantes,  
que gimen en cautiverio,  
a libertar, y como antes,  
nuestras lanzas probarán.

Tal decía, y bajo el callo  
del indómito caballo,  
crujiendo el suelo temblaba;  
hueco y sordo retumbaba  
su grito en la soledad.  
Mientras la noche, cubierto  
el rostro en manto nubloso,  
echó en el vasto desierto,  
su silencio pavoroso,  
su sombría majestad.